

*LAZARILLO DE TORMES, NOT HOLIER THAN HIS
NEIGHBORS, NOR A WORSE MAN THAN HIS FATHER*

J. DANN CAZÉS G.

ORCID.ORG/0000-0003-2451-1561

Universidad Iberoamericana

dann.cazesg@gmail.com

Abstract: *Reading La vida de Lazarillo de Tormes gives way to negative interpretations of the main character and narrator, as well as attempts of redeeming him and showing he is a victim of his social environment. This article surveys some factors —both textual and extratextual— that have motivated viewing Lazarillo as a denigrated and dishonored character, and then it reviews his development throughout the novel, based on what he has learnt from his different masters until he adapts to the society in which he lives.*

KEYWORDS: PICAESQUE NOVEL; DISHONOR; ARRIVING AT A SAFE HARBOR; GOOD MEN; 16TH-CENTURY LITERATURE AND SOCIETY.

RECEPTION: 09/05/2017

ACCEPTANCE: 16/10/2017

LAZARILLO DE TORMES, NI MÁS SANCTO QUE SUS VECINOS, NI PEOR HOMBRE QUE SU PADRE

J. DANN CAZÉS G.

ORCID.ORG/0000-0003-2451-1561

Universidad Iberoamericana

dann.cazesg@gmail.com

Resumen: La lectura de *La vida de Lazarillo de Tormes* suscita interpretaciones negativas sobre el protagonista narrador de esta novela, tanto como intentos por redimirlo o mostrarlo como una víctima de su entorno. En este artículo se repasan factores textuales y extratextuales que han motivado las visiones del *Lazarillo* como un personaje denigrado y deshonorado, para después revisar el desarrollo del personaje, que se va formando a lo largo de la novela a partir de lo aprendido de sus diferentes amos, hasta adaptarse a la sociedad en la que vive.

PALABRAS CLAVE: NOVELA PICARESCA; DESHONRA; LLEGAR A BUEN PUERTO; HOMBRES DE BIEN; LITERATURA Y SOCIEDAD
DEL SIGLO XVI.

RECEPCIÓN: 09/05/2017

ACEPTACIÓN: 16/10/2017

Parece haber un problema con *La vida de Lazarillo de Tormes*¹ cuya lectura da lugar a interpretaciones en su mayoría negativas. Claro que no es difícil encontrar elementos que hagan pensar en Lázaro como un ser abyecto sólo interesado en su provecho personal; un cornudo conocido, enterado y permisivo; un ladrón, oportunista e hipócrita que cuenta la historia de su “envilecimiento moral” en tono jocoso y evasivo, para parecer inocente o —en el mejor de los casos— víctima de las circunstancias. Gran parte de la crítica ha mostrado particular interés en explorar este terreno, y ha llegado a conclusiones que denigran al personaje de diversas maneras. Muchos de los estudiosos concuerdan en que Lázaro consiente el amancebamiento de su mujer con el arcipreste de San Salvador —último amo del pregonero—, a cambio de regalos y de la comodidad de un trabajo que no requiere gran esfuerzo.

Robert Archer afirma que la novela es una carta en la que Lázaro da a conocer la relación ilícita de su amo, para extorsionar y amenazarlo con entregar la misiva al incógnito Vuestra Merced, que sería el protector del arcipreste (Archer, 1985: 345). Además de la deshonra o la ruindad de Lázaro, otros críticos encuentran situaciones escandalosas en episodios que podrían ser perfectamente inocentes. Así, algunos autores llegan a pensar que el cuarto amo de Lazarillo tiene una relación sodomita con su criado, basándose sobre todo en una insinuación que hace Marcel Bataillon como de pasada, cuando enumera los tratados eliminados en la edición expurgada del *Lazarillo* de 1573: “El capítulo del buldero desaparece, así como el corto capítulo del fraile de la Merced, cuya preterición final (‘algunas cosillas que no digo’) podía dejar suponer lo peor sobre las relaciones de tal amo con su joven criado” (Bataillon, 1968: 72).² Otros estudiosos culpan al entorno social de que

1 En adelante, *Lazarillo*. A menos que se indique lo contrario, las referencias provienen de la edición de Alberto Blecu (1975), Madrid, Castalia.

2 Antonio Alatorre (2002: 433) dice que, con esas palabras, “lo peor”, Bataillon sí sugiere la posibilidad del pecado nefando, pero para él implica sólo proposiciones que el fraile hizo a su criado, y son otros estudiosos quienes interpretan que hubo sodomía. Remito a este artículo para la bibliografía de estudios que rebajan a Lazarillo; también véase en George Shipley (1986). Francisco Rico anota que no hay indicios en el relato para suponer la sodomía. La historia sugiere que el fraile tiene un comportamiento impropio y envía al mozo de recadero o a buscarle mujeres. Se dice que las “mujercillas” (las hilanderas) son sus mancebas porque lo llaman pariente, y esto disfrazaba las relaciones prohibidas de los clérigos, pero interpretar las “cosillas” que Lázaro no cuenta como un comportamiento indecoroso del fraile con su mozo parece fuera de lugar. Como opina Rico, no

Lázaro prefería no preocuparse por el comportamiento dudoso de su mujer: “Lázaro goes the way of the world, preferring to live in moral blindness which began with his first master and followed him to the pick of material prosperity and all good fortune” (Hesse, 1977: 178).

Por su parte, Antonio Alatorre revisa una gran cantidad de estudios en los cuales se ha interpretado al *Lazarillo* desde una perspectiva denigradora, y les reprocha no tomar en cuenta la posibilidad de una lectura inocente (*ingenua*) de la novela. Esta visión consistiría en pensar que Lázaro no es un rufián que se hace de la vista gorda por comodidad; no es un pícaro cuya moral invertida lo lleva a considerar su situación deshonrosa como la “llegada a buen puerto” de la cual tanto se ufana; y, finalmente, que el *Lazarillo* no es necesariamente la autobiografía de un cornudo, puto ni judío: “los tres clásicos insultos del Siglo de Oro”. Más bien, es la historia de un personaje nacido en la pobreza que salió adelante, progresó y alcanzó el mejor de los destinos posibles: “se ha instalado firmemente en la serenidad, no instruido por libros, sino por su propia vida” (Alatorre, 2002: 433).

El *Lazarillo* es una novela tan compleja y llena de ambigüedad que permite interpretaciones de todo tipo. Lo que se busca en este estudio, sin embargo, no es condenar ni redimir a Lázaro, pues no se puede aceptar que de entrada (ni al terminar) el personaje sea un canalla, aunque tampoco sea posible declarar su completa inocencia. Más bien, intento repasar algunos de los factores que pueden motivar las interpretaciones negativas del *Lazarillo*, para luego revisar el desarrollo del personaje. Porque no cabe duda de que Lázaro evoluciona a lo largo del relato, valiéndose de lo que le enseñan sus amos voluntaria o involuntariamente, no para convertirse en un hipócrita sin honra, sino para alcanzar una vida cómoda y sin preocupaciones. Se verá cómo, para instalarse en la tranquilidad de la que habla Alatorre, Lázaro aprende y se adapta de la mejor manera posible a su mundo.

Tal vez una lectura demasiado condicionada de esta obra dificulta ver las aventuras del pregonero de Toledo como otra cosa que fechorías narradas de forma risible y simpática. Es cierto que las características de la narración hacen sospechar que Lázaro oculta información, la disfraza, o bien, engaña sobre lo que dice. Por un lado, se debe recordar que él es el narrador de su propia historia y eso le resta credibilidad, pues le permite embellecer, atenuar o justificar los hechos desde su perspectiva privilegiada

se trata de un eufemismo, sino de un recurso retórico: “Parece, pues, que no nos las habemos sino con una *abbreviatio*” (Rico, 2000: 112, n. 9).

(él sabe qué pasó, y cómo quiere contarlo).³ Resulta difícil de creer, por ejemplo, que un niño, por ingenioso que sea, emita a los ocho años una sentencia tan sabia y de forma tan elegante como la de Lázaro cuando afirma “¡cuántos debe haber en el mundo que huyen de otros porque no se ven a sí mismos!” (*Lazarillo*: 94). Al tomar esto en cuenta, si se evita la seducción del divertido discurso de Lazarillo, es muy fácil descubrir su “bellaquería” cuando narra cómo aprovecha la ceguera de su primer amo para robarle comida o hacer que se estrelle contra una columna. Y si se continúa por este camino, es fácil que la lectura más inocente del *Tratado cuarto* revele al personaje como un holgazán, pues abandona al fraile de la Merced por el exceso de trabajo que significaba estar con él. También se sabe que Lázaro miente sobre sí, “diciendo mis bienes y callando lo demás” (*Lazarillo*: 131), y por ello resulta sospechoso que el relato sobre su oficio de aguador, en el cual estuvo durante cuatro años, sea tan breve. Esto motivó las averiguaciones de George Shipley sobre las actividades deshonestas en las cuales medraban los aguadores del Siglo de Oro, de las que tal vez Lázaro no piensa platicar mucho (1986).

Sin embargo, también es importante recordar que Lazarillo es, si no el primer pícaro literario, por lo menos el precursor, lo cual podrá justificar las interpretaciones negativas al considerar las asociaciones peyorativas del término. El *Diccionario de autoridades*⁴ incluye definiciones de pícaro como “bajo, ruin, doloso, falto de honra y vergüenza”; “Dañoso, malicioso”; “astuto, taimado”. También define la picardía como “bellaquería, astucia, disimulo”, “acción deshonesto o impúdica”. Alberto del Monte recoge una larga lista de acepciones y etimologías que dejan ver la relación de lo picaresco con esclavos, herejes, vagabundos y gente de ‘vida irregular’ (1971: 11). La crítica parece inclinarse siempre por esta visión, pues incluso Alexander Parker, quien defiende al pregonero, le niega su calidad de pícaro porque no es un delincuente. Sin embargo, lo picaresco no remite siempre a lo ruin y abyecto. Para Parker (1975), este tipo de personaje tiene virtudes humanas como la compasión y

3 Margit Frenk (1980: 675) afirma que en la novela hay un juego complicado de narradores entremezclados constantemente de manera muy sutil. Casi no es posible percibir cuándo narra Lázaro, o cuándo es un autor arquetípico, erudito y alejado de la historia quien señala con ironía la realidad opuesta a la que pinta el personaje. Sin embargo, Frenk dice que sólo hay verdadera certeza del juego de narradores en el prólogo y el final del libro, lo cual permite considerar que Lázaro sí tiene la posibilidad al menos de creer que engaña al lector embelleciendo su historia.

4 S. n. PÍCARO. En adelante, *Autoridades*.

el compañerismo y es, sobre todo, un travieso, un bellaco divertido, un vagabundo con inclinaciones a la delincuencia, pero no un canalla por naturaleza.⁵ Tampoco el delito es algo particular del pícaro, cuya vida remite a otras características. Para del Monte (1971: 11) este personaje es “el eterno protagonista de la vida errada, de la falta de suerte, del esfuerzo inútil, del nomadismo sin gloria”.

La ambigüedad del *Lazarillo* obliga a que muchos lectores no crean en la inocencia del personaje. Esto los lleva a indagar en las costumbres de la época de su composición, a recuperar acepciones de palabras y averiguar sobre la vida canallesca para esclarecer las dudas, pensando que cada expresión graciosa es el eufemismo de un dato terrible o de una acción infame. Muchas alusiones pueden haber sido evidentes para el lector del siglo XVI, como las que sugieren el comportamiento sexual del mercedario: tal vez Lazarillo sí rompió sus primeros zapatos buscando mujeres para su amo —y tal vez también recibió proposiciones de éste—; seguramente un aguador estaba mezclado en los asuntos más turbios de la ciudad, y al público de la época le divertía la idea de que un personaje como éste se jactara de haberse convertido en *hombre de bien*. Sin embargo, en ocasiones parece como si el estudioso de nuestros días, el cual descifra estos datos, estuviera más interesado en ilustrar sobre la cotidianidad del Siglo de Oro, que en ocuparse por lo que dice el texto. Además, aunque toda esta información enriquece la lectura de la obra, en la mayoría de los casos parece servir para condenar irremisiblemente al personaje, a partir de puros indicios y sugerencias.

Si la ambigüedad en la novela permite sospechar todo, de igual forma impide llegar a conclusiones contundentes. La deshonra de Lázaro, por ejemplo, está tan bien sugerida en el texto que la continuación anónima de 1555 la da por hecho;⁶ y hay elementos para afirmar que el personaje es un cornudo. Uno de los argumentos más recurrentes de la crítica es la costumbre que tenían los clérigos de casar a sus mancebas con un criado para mantener las apariencias.⁷ Sin embargo, el Lázaro de

5 Recuérdese también que Rinconete y Cortadillo tenían oficios “innobles”, pero sólo robaban para sobrevivir y no tenían intenciones de pertenecer a la delincuencia organizada por mucho tiempo.

6 Esto implica que el lector de mediados del siglo XVI pudo haber interpretado a Lázaro como un cornudo. En la segunda parte de 1555, el personaje sospecha que no es el padre de su hija, y su mujer está contenta de volver con el arcipreste cuando Lázaro se embarca (*Segunda parte del Lazarillo*).

7 La mala fama de los frailes y su comportamiento inadecuado se ilustra con varios refranes recogidos por Gonzalo Correas en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1967: 85): “El abad y el gorrión, dos malas aves son”; “El abad que no tiene hijos, es que le faltan argamandijos”. Otro menciona

Tormes de 1554 jamás confirma nada de forma explícita. Antes bien, niega los cargos y reprime a quienes le insinúan sus cuernos; y aunque queda la sospecha —siempre sugerida, claro— de que lo motivan los regalos del arcipreste —“quien ha de mirar a dichos de malas lenguas nunca medrará [...] no mires a lo que puedan decir, sino a lo que te toca, digo, a tu provecho” (*Lazarillo*: 175)—,⁸ el discurso de Lázaro no deja siquiera afirmar con certeza que haya realmente un engaño. Aunque tampoco puede asegurarse lo contrario, pero queda como una posibilidad. En última instancia, la ambigüedad deja en entredicho el envilecimiento de Lázaro. Muchos de sus actos, además, no son necesariamente reprochables —algunos hasta se justifican—,⁹

explícitamente las relaciones ilícitas: “*El abad y su manceba*, el barbero y su mujer, de tres huevos comen sendos, esto ¿cómo puede ser?” (énfasis mío). En *Autoridades*, el término *abad* remite a otro refrán sobre los regalos del clérigo a su manceba, y recuerda la situación de Lázaro, su mujer y el arcipreste: “Como la moza de Abad, que no cuece y tiene pan. Refr. Con que se reprende a quienes quieren mantenerse y vivir sin que les cueste trabajo, como sucede a la criada del abad, que de la abundancia de las ofrendas se mantiene sin tener el trabajo de cocer y amasar el pan” (*Autoridades*, s.v. ABAD).

8 En la novela queda claro que Lázaro deshecha la idea, convencido por las razones de su amo y los juramentos y llantos desesperados de su mujer. Sin embargo, no se define si es realmente o no un cornudo, si queda convencido y engañado, o si acepta cerrar los ojos.

9 “Pongamos, pues, que Lázaro es engañado por su mujer. ¿Y eso qué? *So what?* Es perfectamente *posible* resumir así lo que Lázaro dice al final: ‘La conciencia es asunto personal. Nadie tiene derecho a interferir en la mía, y yo sería un bobo si me pusiera moralista, sobre todo no siendo más santo que mis vecinos’” (Alatorre, 2002: 445). Claro que para un lector de la época eso pudo haber sido un problema, porque el marido engañado podía recibir el mismo castigo que un proxeneta: “El marido que es rufián de su mujer tiene pena de muerte, por la ley de partida 2, tit. 22, part. 7 [...] pero comúnmente lo sacan con un casquete de cuernos y una sarta al cuello de otros; y se usa alguna vez irlle azotando la mujer con una ristra de ajos [...] Para los que han perdido la vergüenza esta pena y la sobredicha no es pena, sino publicidad de su ruin trato, para que sean más conocidos y franqueados; pero si tras esto los enviasen a galeras, no se iría todo en risa” (Covarrubias, s.v. CORNUDO). También véase la edición de Rico del *Lazarillo*: “A los maridos que por precio consintieren que sus mujeres sean malas de cuerpo [...] les sea puesta la misma pena que por ley de nuestros reinos está puesta a los rufianes, que es, por primera vez, vergüenza pública y diez años de galeras, y por segunda vez, cien azotes y galera perpetua’ (Pragmática de 1577). [...] Lázaro, pues, al negar el ‘caso’ [la mancebía de su mujer con el arcipreste] no sólo defiende su buena fama, sino también su libertad” (Rico, 2000: 130, n. 18).

aunque resulta difícil declararlo inocente; pero él mismo admite no ser más santo que sus vecinos (*Lazarillo*: 89).

Ante tanta ambigüedad en la expresión, una de las pocas cosas que se observan con claridad es que *La vida de Lazarillo de Tormes* es la historia del desarrollo de un personaje. Para algunos, “expresa el decaimiento de la criatura humana cuando se deja engañar por las apariencias empíricas y traiciona su propia realidad humana, su propio patrimonio de sentimiento y de eticidad, el propio destino de verdad y de felicidad interiores” (Del Monte, 1971: 56). En la introducción a su edición del *Lazarillo*, Alberto Blecua opina que es la historia de una mala educación condenada desde el principio: “¿qué virtud puede alcanzar un hombre como Lázaro de Tormes, cuya educación desde sus padres y primer amo consiste en el engaño y en la lucha constante contra la miseria?” (Blecua, 1975: 32). Lázaro, sin embargo, aprende lo que sus amos le enseñan, más que como una víctima de lo inevitable, para adaptarse a las circunstancias y llegar a ese buen puerto en el que no deba preocuparse más por el alimento, la habitación o la vida social. Ya sea un abyecto, un hipócrita, un ingenuo evadido de la realidad, una víctima o un bellaco divertido, Lázaro aprende a sobrevivir y se adapta a su entorno (el cual tampoco es, por cierto, más santo que el pregonero).

Se habla de la gran cantidad de referencias en el *Lazarillo* a la realidad histórica del momento en que fue compuesto, y se recalca la importancia de tener en cuenta, por ejemplo, la pérdida de la riqueza de España para “comprender al escudero en toda su amargura” (Del Monte, 1971: 36). La sociedad que se pinta en el libro, evidentemente, deriva de una realidad, pero más que esa sociedad española de la primera mitad del siglo XVI, debería interesar la que conforman los personajes en la novela.¹⁰ Por supuesto, debe haber referencias a una cotidianidad reconocible para el lector de la época, pero lo que se parodia en el *Lazarillo* son los sectores corruptos: seguro que no todos los españoles del tiempo de Carlos V eran bellacos, hipócritas y estafadores de los bajos fondos, como los del entorno ficticio del *Lazarillo*. El ambiente que rodea a Lázaro desde su nacimiento parece canallesco y el comportamiento de los personajes puede ser considerado ruin. En toda la novela no aparecen personajes ajenos a la vida corrupta, baja o de delinquentes. Lázaro es hijo de molineros, que

10 En el estudio que incluye al final de su edición del *Lazarillo*, Aldo Ruffinatto opina: “Es oportuno evitar los indicios que se desprenden de parámetros extratextuales indeterminados para llegar al texto con la intención de elucidar sus significados” (2000: 256).

en esa época tenían fama de ser ladrones y putas.¹¹ Su padre es desterrado por robar —por “ciertas sangrías mal hechas en los costales” (*Lazarillo*: 92)— y su madre acaba cocinando para estudiantes y se amanceba con mozos de caballerizas. El padrastro de Lázaro también roba, y el narrador sugiere que esto ocurre en todos los estratos de la sociedad: “No nos maravillemos de un clérigo ni fraile porque el uno hurta de los pobres y el otro de casa para sus devotas y para ayuda de otro tanto, cuando a un pobre esclavo el amor le animaba a esto” (*Lazarillo*: 95).¹²

Lo anterior lleva a pensar que incluso el mayordomo que descubrió los robos del negro Zaide, podría estar haciendo lo mismo —finalmente, no es dueño de lo que cuida, y si roban los curas y también los criados bajos, ¿por qué no lo haría uno de más jerarquía?: “el buen hombre goza el hurto. Que en el hombre de buen crédito no se cree nada malo” (Correas, 1967: 98)—. La madre de Lázaro oculta la deshonra de su esposo para colocar a su hijo como mozo de un ciego (y dicho sea de paso que la maldad de los mozos de ciego era un motivo literario en la época).¹³ El primer amo de Lázaro es mezquino, aunque no le falta la comida, y cuando ejerce su oficio de rezar, lo deja inconcluso cuando se ha alejado quien le paga. Abusa de su fuerza con el mozo, de quien se burla cruelmente, aunque tiene al menos la voluntad de enseñarle algo. El clérigo de Maqueda es, en palabras de *Lazarillo*, peor que el ciego: “Escapé del trueno y di en el relámpago, porque era el ciego para con este un Alejandro Magno” (*Lazarillo*: 113). Pamela Waley (1988: 591-601) opina que este personaje no es avaro, sino pobre, pues en el arca guarda pan, no tesoros.¹⁴ Además, mientras

11 Recuérdese que cuando arman caballero a don Quijote, se realiza la parodia porque una de las *damas* que lo asiste es una prostituta, hija de un “honrado molinero” (Cervantes, 1978: 94).

12 Estos ladrones, además, tienen el agravante de robar para algo que les está explícitamente prohibido.

13 María Rosa Lida de Malkiel dice que el personaje del mozo de ciego que hace “bromas endiabladas” a su amo existe desde la antigüedad. No está en cuentos populares, sino en farsas del siglo XIII y teatro devoto del siglo XVI, así como en ilustraciones. Sin embargo, el ciego en éstas es siempre víctima, y por ello la relación de esos personajes con los del *Lazarillo* es mínima. En la novela se construye una situación narrativa exclusiva en donde el ciego es inteligente y vengativo (Lida de Malkiel, 1964: 351 y ss.).

14 Varios proverbios hablan de la glotonería de los frailes, así como de su afición por comer bien a costa de otros. El proverbio “El fraile que pide pan, carne toma si le dan” (Correas, 1967: 95) tal vez se refiere al mismo motivo, pero tiene mucha semejanza con otro (“El pobre que pide pan carne toma si le dan” [Correas, 1967: 109]); esto puede remitir a la pobreza proverbial de algunos clérigos.

está con el clérigo, no es sólo Lázaro el que come mal, pues el amo sólo come bien cuando asiste a algún servicio funerario, aunque siempre se alimenta mejor que su mozo. Aun así, oculta su pobreza (o mezquindad) de forma hipócrita bajo su hábito: “Mira, mozo, los sacerdotes han de ser muy templados en su comer y beber” (*Lazarillo*: 116). El resto del elenco no es necesariamente virtuoso o desinteresado. Un escudero que prefiere aguantar el hambre que perder su honra;¹⁵ unas hilanderas que parecen ser mancebas de otro clérigo; un buldero estafador que monta espectáculos para vender indulgencias; un capellán que tal vez se enriquece ilícitamente con la venta de agua. Del arcipreste y la mujer de Lázaro ya se ha hablado, y en cuanto a los acreedores del escudero, están preocupados por su pérdida, e incluso al alguacil y al escribano les interesan más sus honorarios que la justicia que no se pudo hacer:

Y el alguacil y el escribano piden al hombre y a la mujer sus derechos. Sobre lo cual tuvieron gran contienda y ruido. Porque ellos alegaron no ser obligados a pagar, pues no había de qué ni se hacía el embargo. Los otros decían que habían dejado de ir a otro negocio que les importaba más por venir a aquél. (*Lazarillo*: 155)

Parece tener razón Bleuca: de este ambiente de miseria y ruindad, sólo puede salir un ser tan vil como sus padres (o peor). Lázaro no asciende socialmente, aunque se supere en lo económico (1975: 32).

Falta aún hablar de los personajes incidentales, los que Pamela Waley llama *extras* y están en el *fondo* de la novela. Los que reprochan al ciego cuando golpea a Lázaro, pero luego le dan la razón después de oír sus motivos: “—¡Mirá quién pensara de un muchacho tan pequeño tanta ruindad! Y reían mucho el artificio, y decíanle: —Castigaldo, castigaldo, que de Dios lo habréis” (*Lazarillo*: 103). Los que, crédulos ante el engaño del buldero, le piden a éste rescatar al alguacil de la furia divina que creen ha caído sobre él. Los *buenos* que ayudan a Lázaro, pero sólo hasta que puede valerse por sí mismo. Acerca de estos personajes, Waley opina: “They are shown not as corrupt, hypocritical and selfish, but as behaving charitably, humanly and with sincerity” (1988: 593). Esta afirmación ayuda a considerar a los personajes menos viles y egoístas de lo que la crítica en general quiere hacer notar. El escudero, opina Waley, no contrata a Lázaro porque un noble deba tener un criado, sino para no estar solo y por el ansia

15 “El hidalgo, antes roto que remendado”; “El hijo del hidalgo, un pie calzado i otro descalzo” (Correas, 1967: 119).

de platicar (el escudero es el único personaje que dialoga realmente con Lázaro). Las hilanderas, si bien viven de forma deshonestas, ayudan a Lázaro. El cura de Maqueda no es mezquino por maldad, sino porque no tiene otra opción que ahorrar y contar sus panes. El *Tratado segundo*, dice Waley, es más una caricatura del avaro que lucha por conservar lo suyo, que una crítica anticlerical:

The author concentrates his narrative, not upon the depiction of an unworthy member of the clergy or the meanness of which human nature is capable, but on the comic struggle between one contestant who is determined to keep his paltry possessions to himself and the other who is determined to satisfy his hunger. (Waley, 1988: 595)

Bajo esta perspectiva puede incluso verse cierta bondad en el ciego, que se preocupa por preparar al niño para la carrera de la vida —Lázaro le agradece, tal vez sin mucha ironía, que lo haya iluminado, ya que, después de Dios, él le dio la vida (*Lazarillo*: 97)—. *Lazarillo* deja de aparecer como un hipócrita porque, finalmente, no oculta ni las partes vergonzosas de su historia (aun si fuera, como se dice, sólo la manera de justificarse, y aun si la embellece más de la cuenta [Waley, 1988: 600]). Los acreedores del escudero, el alguacil y el escribano, tampoco son más egoístas que otros, pues sólo piden lo que les corresponde. El entorno social ficticio en el *Lazarillo*, parece así más suave; pero no hay que engañarse, pues eso no evita ver al pregonero como un bellaco divertido. A la pregunta de Blecua sobre la educación de Lázaro condenada de entrada por sus amos y por la miseria, habría que responder con otra: ¿quién podría esperar que de un entorno ruin, miserable e hipócrita saliera un santo? Lázaro, como promete su madre, no es peor que su padre (*Lazarillo*: 95), pero —otra vez, como él lo afirma— tampoco es más santo que sus vecinos. La diferencia está en que la crítica se lo reprocha a él más que a sus amos y vecinos.

El aprendizaje de Lázaro comienza en su casa, no tanto con la observación de cómo se comportan y operan sus padres,¹⁶ sino con los consejos que recibe de su madre.

16 Es cierto que Lázaro puede haber aprendido de su padre la costumbre de “sangrar costales”, o a no negar en una confesión cuando le preguntan por los robos de Zaide, pero ahondar en este aspecto ahora no es esencial para los fines de este estudio. Además, eso sólo serviría para satisfacer a quienes piensan que Lázaro está condenado a ser pícaro por el entorno donde nació, y discutirlo ahora no es posible debido a los límites del trabajo. Lo que debe quedar claro es que Lázaro no aprende el *oficio* de sus padres, pues no termina como un ladrón marginado.

Cuando lo entrega por mozo al ciego, la mujer recomienda a su hijo: “procura de ser bueno [...] Dios te guíe [...] válete por tí” (*Lazarillo*: 96), y Lázaro dice que vivió según estos preceptos. Desde el principio se da cuenta de que nadie lo ayudará: “solo soy, y [debo] pensar cómo me sepa valer” (*Lazarillo*: 96). Dios guía sus pasos y su suerte, o eso asegura (¿otro eufemismo del pregonero?): “[al ciego...] Dios le cegó aquella hora el entendimiento (fue por darme dél venganza)” (*Lazarillo*: 111). Consta a lo largo de su historia, sobre todo, que buscó la compañía de los “buenos” (¿por ser uno de ellos, como su madre le aconseja, y convertirse en “hombre de bien”?). Aquí surge una duda, porque no queda claro quiénes son los buenos, o qué caracteriza a una persona de bien, pues el uso del término a lo largo del texto es poco preciso. Cuando Lázaro los menciona, parece referirse a quienes tienen buen corazón: “con ayuda de las buenas gentes, di conmigo en esta insigne ciudad de Toledo” (*Lazarillo*: 129). Pero esa gente caritativa que le daba limosna cuando estaba lastimado, le reprocha su holgazanería ya que ha sanado. Más tarde habla de los hombres honrados que quieren echar al alguacil de la iglesia para que el buldero termine su servicio, y los caracteriza como personas de honor que no quieren escándalos. Son devotos y, por lo que parece, virtuosos y libres de mancha —más acepciones de “bueno” (Cuervo, 1994: *s.v.* BUENO)—, pues no ven motivo para comprar indulgencias. Sin embargo, la siguiente mención de “aquellos buenos hombres” (*Lazarillo*: 163) se refiere a los que acuden en ayuda del “pobre alguacil”, crédulos ante el engaño del buldero. Ciertamente muestran buen corazón y se compadecen de su prójimo, pero en ese momento son también tontos burlados. Además, su virtud se desvanece porque, asustados, compran las bulas que antes rechazaban. ¿En qué consistía, entonces, su bondad?

Parece que “ser bueno” tiene que ver con la condición de cornudo o rufián que se achaca al personaje, porque “esta palabra buen hombre, algunas veces vale tanto como cornudo; y buena mujer, puta” (Covarrubias, 1993: *s.v.* BUENO). Lázaro —dice su madre— será un “buen hombre” igual que su padre (*Lazarillo*: 95), quien tal vez también era engañado, y vivía tranquilo: finalmente, ella tiende a amancebarse. La poca claridad con la cual se usa el término aumenta cuando Lázaro compra su jubón viejo, su sayo raído, su capa y la espada, y afirma: “desque me vi en hábito de hombre de bien, dije a mi amo se tomase su asno, que no quería seguir más aquel oficio” (*Lazarillo*: 93). Tal vez convertirse en hombre de bien —mediante el simbolismo de la ropa— no implica para Lázaro hacerse bueno en el sentido de ser virtuoso, honrado, sin mancha, sino en el de subir de estado. O quizá todas las acepciones juegan simultáneamente a lo largo del texto, de modo que la ambigüedad constante impide, como en otros casos, definir si Lázaro es ruin, ingenuo o de buena voluntad.

Sin embargo, la verdadera educación de *Lazarillo* empieza con el ciego, quien lo despierta y lo hace consciente de la crueldad del mundo. El golpe contra el toro de piedra acompaña la máxima más importante que puede enseñarle su amo: “—Necio, aprende, que el mozo del ciego un punto ha de saber más que el diablo” (*Lazarillo*: 93). Lázaro deja de ser niño y se convierte en aprendiz, no de ciego o mendigo (aunque ejerció bastante este último oficio), sino de superviviente (¿de pícaro?). Los “avisos para vivir” que le enseña su amo, despiertan el ingenio, la “sutileza y buenas mañas” (*Lazarillo*: 98) que el personaje debe usar para procurarse la comida que le niega el ciego. Así, Lázaro niño se vuelve más sabio que el diablo, o más bien que el ciego, quien era “un águila” en su oficio, el más astuto y sagaz, “ganaba más en un mes que cien ciegos en un año” (*Lazarillo*: 98). Con su primer amo, el mozo, aprende a ser discreto, a no ser descubierto en sus burlas para evitar el castigo, y tal vez a engañar; pero no aprende la avaricia, la crueldad ni a abusar del mal ajeno. También aprende las oraciones que rezaba su amo, lo cual le sirve para conseguir su siguiente trabajo sin necesidad de mentir (mucho): el clérigo de Maqueda “me preguntó si sabía ayudar a misa. Yo le dije que sí, como era verdad, que aunque maltratado, mil cosas buenas me mostró el pecador del ciego, y una dellas fue ésta” (*Lazarillo*: 113).

Su segundo amo no le enseñó mucho, excepto la forma de expresarse ocultando sus verdaderas razones. El cura, como se ha visto, parece disfrazar su pobreza o mezquindad bajo el comportamiento virtuoso que exige un código religioso (*Lazarillo*: 116). Lázaro hace lo mismo cuando platica con el escudero, aunque es para acrecentar sus virtudes ante el nuevo amo y no parecer desesperado: “—Señor, mozo soy que no me fatigo mucho por comer, bendito Dios: deso me podré alabar entre mis iguales por de mejor garganta, y ansí fui yo loado della fasta hoy día de los amos que yo he tenido” (*Lazarillo*: 133). Para el niño, sin embargo, la pobreza disfrazada no es una posibilidad (como para el cura), sino una certeza. Después de que el escudero le alaba su ‘mesura’ al comer “porque el hartar es de los puercos, y el comer regaladamente de los hombres de bien” (*Lazarillo*: 133), Lázaro deja conocer su verdadero pensar: “—¡Bien te he entendido!, dije yo entre mí. ¡Maldita tanta medicina y bondad como aquestos mis amos que yo hallo hallan en el hambre!” (*Lazarillo*: 133). Sólo más tarde se da cuenta de que el escudero disimula más que el cura y que él mismo, pues no tiene siquiera los panes sucios que consigue su criado, ni pretende conseguirlos él. Clara E. Lida dice que cada amo enseña a Lázaro una lección de ocio, picardía y engaño que lo convierten en la antítesis del hombre productivo, pero que el escudero lo instruye en un oficio que le será verdaderamente útil, aunque implique hipocresía, adulación e improductividad:

Es el escudero quien lo introduce a los principios del oficio de servir [...]; gracias al escudero, el mozo se instruye en la importancia de las apariencias en el vestir y el andar, en la necesidad de saber elegir amos que lo ayuden a ascender en la vida. En aprender a complacerlos y adularlos, en dejar de lado principios y virtudes. (Lida, 1988: 980)

A partir de ese momento, la suerte de Lázaro cambia porque toma conciencia de lo que debe buscar. Sus siguientes amos parecen serle de más provecho y logra ahorrar dinero para subir de estado —hacerse hombre de bien— aunque sea sólo en la apariencia. Lázaro aprende a ser un verdadero ganapán, a vivir con el mínimo esfuerzo y servir a un amo que lo provea de lo necesario, aun si las malas lenguas lo tachan de cornudo. El escudero enseña a Lázaro la importancia de mantener las apariencias y el pregonero de Toledo —que no se preocupa por eso de la honra— aprovecha la lección mejor que su maestro, pues no pasa más hambre y deja de ser un sobreviviente. Si alguien puede calificar esto como descenso moral del personaje, es sólo porque no considera realmente que toda la sociedad en el entorno ficticio es igual. Otra vez, más que decaer moralmente, Lázaro sólo se adapta a su entorno: no es mejor que sus vecinos, ni peor que su padre.

El *Lazarillo*, entonces, es la historia del desarrollo de un personaje que pasa de la inocencia al descubrimiento de la crueldad. Aprende que la apariencia es el medio para evitar ser víctima y para obtener la tranquilidad económica. Instruido por lo que sus amos le enseñan y por lo que observa, tal vez Lázaro sí aprende sólo lecciones de ocio y picardía, como dice Lida —aunque esto querría decir que la sociedad de la novela es de pícaros—. Sin embargo, esto no equivale a un envilecimiento moral: tal vez, incluso, sea lo contrario. Si el niño Lázaro aprende a burlar, evitar el trabajo duro y mantener las apariencias, Lázaro pregonero hace más que sólo sobrevivir, aunque deba tolerar deshonras supuestas (o verdaderas). Es cierto que su educación no lo convirtió en un santo, pero cuando dice no ser mejor que sus vecinos, se puede ver que tampoco es peor. De las lecciones que le dieron sus amos, tomó lo indispensable para salir adelante, y dejó de lado las enseñanzas de crueldad y avaricia (del ciego), de mezquindad ridícula (del cura de Maqueda) y de honra inútil (del escudero). Evita la simpleza de los buenos engañados, y no estafa (como hacía, por ejemplo, el buldero).

No he querido aquí hacer una apología del personaje, pues juzgar a Lazarillo o a los otros, o bien justificar su manera de actuar, implica querer resolver del todo la ambigüedad de la novela, que es ocioso. En el *Lazarillo* pueden coexistir simultáneamente todas las lecturas denigradoras con las *inocentes*, y la riqueza de la novela tal vez esté en la imposibilidad de resolver la duda. Además, cualquier juicio que

se haga del personaje sólo puede provenir de los indicios en el texto, que sugieren mucho y muy bien —sobre todo si el lector se remite a los datos de la época de su composición—, pero nunca confirman las maldades o vilezas.

BIBLIOGRAFÍA

- Alatorre, Antonio (2002), “Contra los denigradores de Lázaro de Tormes”, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, vol. 50, núm. 2, julio-diciembre, pp. 427-455.
- Archer, Robert (1985), “The fictional context of *Lazarillo de Tormes*”, *The Modern Language Review*, vol. 80, núm. 2, abril-junio, pp. 340-350.
- Bataillon, Marcel (1968), *Novedad y fecundidad del Lazarillo de Tormes*, Salamanca, Anaya.
- Blecua, Alberto (ed.) (1975), “Introducción”, en *La vida de Lazarillo de Tormes*, Madrid, Castalia, pp 7-78.
- Cervantes Saavedra, Miguel de (1978), *El ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, edición de Luis Andrés Murillo, Madrid, Castalia.
- Correas, Gonzalo (1967), *Vocabulario de refranes y frases proverbiales (1627)*, edición de Louis Combet, Bordeaux, Institut d’Études Ibériques et Ibéro-Américaines-Université de Bordeaux.
- Covarrubias Orozco, Sebastián de (1993), *Tesoro de la lengua castellana o española*, edición de Martín de Riquer, Barcelona, Alta Fulla.
- Cuervo, Rufino José (1994), *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*, Santafé de Bogotá, Instituto Caro y Cuervo.
- Frenk, Margit (1980), “Lazarillo de Tormes: Autor-Narrador-Personaje”, en Hans Dieter Bork, Artur Greive, Dieter Woll, Bouvier Verlag y Herbert Grundmann (eds.), *Romanica Europaea et Americana. Festschrift für Harri Meier*, Bonn, Bouvier, pp. 185-192.
- Hesse, Everett W. (1977), “The *Lazarillo de Tormes* and the Way of the World”, *Revista de Estudios Hispánicos*, vol. 11, núm. 2, mayo, pp. 163-180.
- La vida de Lazarillo de Tormes* (1975), edición de Alberto Blecua, Madrid, Castalia.
- Lazarillo de Tormes* (2000), edición de Francisco Rico, Madrid, Cátedra.
- Lida de Malkiel, María Rosa (1964), “Función del cuento popular en el Lazarillo de Tormes”, en Frank Pierce y Cyril A. Jones (coords.), *Actas del Primer Congreso Internacional de Hispanistas celebrado en Oxford del 6 al 11 de septiembre de 1962*, Oxford, The Dolphin Book, pp. 349-360.

- Lida, Clara E. (1988), "Lázaro de Tormes o el oficio de servir", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, vol. 36, núm. 2, julio-diciembre, pp. 975-985.
- Monte, Alberto del (1971), *Itinerario de la novela picaresca española*, Barcelona, Lumen.
- Parker, Alexander (1975), *Los pícaros en la literatura. La novela picaresca en España y Europa (1599-1763)*, Madrid, Gredos.
- Piñero Ramírez, Pedro M. (ed.) (1999), *Segunda parte del Lazarillo*, Madrid, Cátedra.
- Real Academia de la Lengua (1969), *Diccionario de autoridades*, edición facsimilar, Madrid, Gredos.
- Rico, Francisco (ed.) (2000), "Introducción", en *Lazarillo de Tormes*, Madrid, Cátedra, pp. 13-136.
- Ruffinatto, Aldo (2000), *Las dos caras del Lazarillo: texto y mensaje*, Madrid, Castalia.
- Shipley, George (1996), "'Otras cosillas que no digo': Lazarillo's dirty sex", en Giancarlo Maiorino (ed.), *The picaresque: Tradition and displacement*, Minneapolis, University of Minnesota Press, pp. 40-65.
- Shipley, George (1986), "Lazarillo de Tormes was not a hardworking, clean-living water carrier", en John Miletich (ed.), *Hispanic Studies in Honor of Alan D. Deyermond: A North American Tribute*, Madison, Hispanic Seminary of Medieval Studies, pp. 245-255.
- Waley, Pamela (1988), "Lazarillo's cast of thousands, or The ethics of poverty", *The Modern Language Review*, vol. 83, núm. 3, julio-septiembre, pp. 591-601.

J. DANN CAZÉS G.: Doctor en Literatura Hispánica por El Colegio de México. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores, nivel I. Realizó una estancia de investigación postdoctoral en la Universidad Iberoamericana como becario del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología. Profesor de diversas universidades de México desde 1992, ha impartido cursos sobre teorías estéticas y de la comunicación, teoría y análisis literarios, semiótica, literatura y drama. Líneas de investigación: dramaturgia y montajes teatrales, teatro e ideología, teatro y literatura del Siglo de Oro, teatro hagiográfico. Creador y organizador de las jornadas de estudios de teatro del Siglo de Oro español y novohispano "Dramaturgia y teatralidad en el Siglo de Oro", en la Universidad Iberoamericana, y en colaboración con la Universidad Nacional Autónoma de México, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, Universidad Veracruzana y el Sarah Lawrence College de Nueva York.

D. R. © J. Dann Cazés G., Ciudad de México, julio-diciembre, 2017.